COLLOQUIA
"Revista de pensamiento y cultura"
"Academic journal of culture and thought""

Colloquia Revista de Pensamiento y Cultura
Vol. 1 (2014), págs. 17 - 45. ISSN: 1390-8731
Recepción: 30-08-2013. Aceptación: 20-07-2014. Publicación electrónica: 13-04-2014

Juan Larrea Holguín y la universidad ecuatoriana

Juan Carlos Riofrío Martínez-Villalba*

Resumen: La investigación analiza el perfil académico de Mons. Juan Larrea Holguín y cuál ha sido el legado que ha dejado en la universidad ecuatoriana. Los resultados del estudio se exponen en dos artículos. La primera parte de la investigación es corte histórica y recoge de forma cronológica su vida académica, valiéndose de documentos históricos, escritos autobiográficos y testimonios de varias personas que vivieron cerca de Monseñor. La trayectoria académica del jurista se expone en cinco capítulos: (i) su formación universitaria; (ii) su labor como docente; (iii) su producción científica y literaria; (iv) los intentos de fundar una Universidad en el Ecuador que hubo en su vida; y, (v) la relación de Mons. Larrea con la Universidad de los Hemisferios. En un segundo artículo se tratará de forma sistemática acerca de su visión de la institución universitaria y del quehacer ordinario del profesor.

Palabras clave: Educación superior, academia ecuatoriana, cátedra, docencia, Opus Dei en Ecuador, Universidad de Los Hemisferios

Abstract: This research analyzes the academic profile of Mgr. Juan Larrea Holguín and his legacy for the Ecuadorian University. The results of the study will be presented in two articles. The first one is a historical research and assembles his academic life chronologically through historic documents, autobiographic texts and the testimonies of people who lived and worked near him. The academic trajectory of the jurist is presented in five chapters: (i) his university studies; (ii) his teaching experience; (iii) his scientific and literary works; (iv) the attempts to found a new university in Ecuador during his life; and, (v) his relationship with the Universidad de Los Hemisferios. In a second article we will present his vision of the university and the work of the professors.

Keywords: Higher education, Ecuadorian academy, chair, teaching, Opus Dei in Ecuador, Universidad de Los Hemisferios

* juancarlosr@uhemisferios.edu.ec
Universidad de Los Hemisferios
Quito, Ecuador

Sin lugar a dudas, resulta emblemática la figura de Mons. Larrea en la universidad ecuatoriana. A más de ser una de los grandes doctores de nuestro país, nos ha dejado un legado no sólo doctrinal, sino también vivencial. Con su vida y escritos nos ha enseñado cómo debe ser la vida de un académico y cuál es el *alma mater* que debe reinar en la universidad.

El presente artículo busca definir con la mayor precisión posible cuál ha sido ese legado. En esta primera parte se recogerá de forma breve y cronológica, cuál ha sido la trayectoria académica de Juan Larrea Holguín. En un segundo artículo se tratará de forma sistemática acerca de su visión de la institución universitaria y del quehacer ordinario del profesor.

En ambos artículos recojo el testimonio de muchas personas que coincidieron con Mons. Larrea, así como de lo que yo directamente oí de sus labios, cotejándolo todo con las fuentes bibliográficas a las que he podido acceder.

I. Formación académica

Debido a que su padre, Carlos Manuel Larrea Rivadeneira (1887-1983), era diplomático, su hijo recibió una educación muy cosmopolita[1]. Juan Larrea nació el 9 de agosto de 1927 en Buenos Aires, donde permaneció algunos años. Sus primeras experiencias escolares las hizo en Bogotá, donde asistió a un colegio de monjas. A los cuatro años hablaba sin parar y sus mejillas se encendían de ira cuando se le llevaba la contraria. De ahí que adoptara el mote "doctor fosforito" (Vázquez, 2009, págs. 36-37). Contra ese carácter tuvo que luchar muchos años, hasta adquirir una personalidad más tranquila y temperada. A esa misma edad de cuatro años ya pintaba cuadros en las pequeñísimas hojas de su cuaderno y de vez en cuando cenaba con los invitados de sus padres. Su portentosa memoria logrará recordar los nombres y cargos de esos invitados hasta los últimos años de su vida, cuando narraba anécdotas sobre aquellos personajes. Realmente poseía una singular agudeza intelectual.

Inició sus estudios primarios en la escuela de los Hermanos Cristianos de la Caldas y Vargas (Quito), para luego continuarlos en Lima y Buenos Aires, capitales a donde sus padres viajaron en razón del servicio diplomático. En esa etapa le atraían mucho los números, de tal manera que se pasaba muchas horas haciendo operaciones matemáticas. Dice mucho que el primer libro que leyó en su vida, a los siete años, fue un tratado breve de espectrografía.

[1] En una entrevista comentó que los cambios de residencia supusieron «por una parte un cierta dificultad, el cambiar siempre supone una dificultad, por ejemplo, la no coincidencia de las vacaciones en país y otro. Por otra parte considero que ha sido una ventaja muy grande que agradezco a la Providencia: esos viajes, el haber hecho parte de mis estudios en Colombia, en el Perú, parte en Argentina, en Roma, pues si le da a uno una visión más amplia del mundo» (Riofrío, 1998).

Estudió toda la secundaria durante los pesados años de la segunda guerra mundial, con suma brillantez. Durante los últimos cursos se interesó más por la literatura, la historia y la filosofía, a tal punto que llegó a proponerle a su padre irse a estudiar Filosofía a París. Pero fue el estudio de los últimos cincuenta años de la agitada historia del Ecuador, donde aparecían las controvertidas leyes sobre el matrimonio y la familia, sobre la mujer y la reforma agraria, sobre el liberalismo antirreligioso y la educación laica, lo que le llevó a decantarse por la carrera de Derecho[2]. Como dijo en 1999, decidió su carrera «desde el colegio. Mi deseo de estudiar leyes no era tanto para ejercer la abogacía en juicios, aunque luego me tocó intervenir en muchos, sino ante todo pensaba yo que más bien en que un abogado podía influir en la redacción y corrección de las leyes del país. Aun siendo joven, todavía de colegio, me daba cuenta de que necesitaban algunas reformas entonces mi deseo era intervenir en esto. Cosa que también debo agradecer a la Providencia porque si me ha sido factible el realizar en buena parte» (Riofrío, 1998)[3].

El 19 de mayo de 1945 ganó el premio al mejor orador por su discurso "La conquista española fue o no ventajosa para el indio ecuatoriano". En 1946 regresó a Quito, para terminar el bachillerato con los máximos honores. Fue nombrado Abanderado por ser el mejor alumno de todos los cursos, y hasta mereció una felicitación especial de don Aurelio Espinoza Pólit, quien afirmó que «no solamente alcanzó el más alto puntaje y la nota de "diez" por aclamación, sino que dio muestras de un talento clarísimo y de una madurez de juicio superior a sus años»[4].

Después de graduarse ingresó a la Universidad Católica del Ecuador[5], recién fundada por el arzobispo de Quito, cardenal Carlos María De la Torre[6]. En esta institución estudió con su habitual denuedo durante un par de años la carrera de Derecho. «Desde el primer día de universidad —dijo— asumí con pasión el estudio de las leyes» (Vázquez, 2009, pág. 42). Entre otros, tuvo allí como profesor al Dr. Jorge Pérez Serrano. De aquella época es la anécdota de que

[2] Esta es la opinión de Antonio Vázquez (2009, págs. 34 y 41-42).

[3] En otras ocasiones Mons. Larrea fue menos explícito. Por ejemplo, en una entrevista de 1995 se le preguntó por qué no había seguido el camino de la historia abierto por su padre, prefiriendo los estudios jurídicos, a lo que contestó: «creo que está también la huella de mi abuelo, Manuel Larrea, que fue abogado, y de mi padre, que sirvió en la diplomacia. Por allí vendrían mis aficiones hacia el derecho» (Diario Hoy, 1995, 15 de enero).

[4] Carta de don Aurelio Espinoza Pólit, S.J., al Ministro de Educación, Marco Tulio González, de 17-VII-1946. El sacerdote entonces era el director del colegio Loyola. Más tarde llegó a ser el primer rector de la Universidad Católica.

[5] Todavía no ostentaba el título de "Pontificia", que le fue conferido en 1963 por la Congregación de Seminarios y Universidades, por delegación recibida de su santidad el papa Juan XXIII.

[6] La Universidad Católica es la primera universidad privada del Ecuador. El 2 de julio de 1946 el Presidente de la República, doctor José María Velasco Ibarra, expidió el decreto 1228 (publicado en el R.O. 629 de 8 de julio de 1946), en donde autorizó el funcionamiento de las universidades particulares. En seguida el P. Aurelio Espinosa Pólit fue nombrado rector y se encargó de conseguir sede, financiamiento, planta docente y de elaborar los planes de estudio. El 26 de septiembre de 1946 el Ministro de Educación, Ing. Pedro Pinto Guzmán, otorgó la autorización para iniciar la enseñanza y el 5 de noviembre comenzó el primer ciclo académico con una sola facultad, la de Jurisprudencia, con 54 estudiantes, en la calle Bolívar n° 343. El primer inscrito fue Jorge Salvador Lara y el segundo Juan Larrea Holguín.

muchas veces, el día anterior a rendir los exámenes universitarios, decidía ir a escalar el Pichincha, o el Ruco, o cualquier otro monte, para despejarse. La materia ya la sabía, por haberla estudiado a conciencia los días pasados. No era de aquellos estudiantes que se quemaban la noche anterior revisando con prisa los libros, para llegar con tremendas ojeras al examen del día siguiente. Al contrario, estudiaba más horas durante la semana y aprovechaba tan bien el tiempo que hasta se permitía una excursión. Y como si aún tuviera tiempo libre, dedicaba horas a leer mucho. Consta que durante esa época leyó tres gruesos tomos de historia de Grecia, seis o siete tomos de historia de Roma, alguno de un autor alemán de historia de la Iglesia[7].

A los dos años de iniciar sus estudios universitarios, don Carlos Manuel fue nombrado Embajador del Ecuador ante la Santa Sede. Ante la noticia del inminente viaje a Roma, Juan no tardó un instante en ponerse a estudiar italiano. Y ya en junio de 1948 Juan, con su padre, con su madre Lola Holguín Iturralde y con su hermano mayor Carlos, se encontraban viviendo en la Ciudad eterna.

Al llegar al viejo continente, en seguida se matriculó en la Universidad estatal, La Sapienza, dentro del tercer curso de la carrera de Derecho. Convalidó algunas materias estudiadas en Ecuador y otras las tuvo que recuperar. El ambiente material de las universidades italianas de postguerra no era el más idóneo para el estudio: los ciudadanos deseaban dejar abiertas las heridas de la guerra y como un gesto de protesta habían resuelto no reponer los cristales de las ventanas, rotos por los bombardeos sufridos tres años antes. En las clases de octubre a enero el frío podía bajar de los cero grados centígrados. Aún así, Juan pasó varias horas extras de estudio en esas aulas.

En esta institución escuchó a profesores de primera categoría, como el filósofo Giorgio Del Vecchio, el civilista Emilio Betti y el romanista Vincenzo Arangio Ruiz, con quienes supo trabar amistad. A Betti incluso lo convenció de ahondar los estudios en el Código Civil ecuatoriano, que tenía un poco olvidado desde que salió de Quito. Se ve que tenía un carácter fuerte, porque recuerdo[8] haberle escuchado una anécdota de una clase donde observó que un compañero suyo hablaba sin respeto: Juan se enfadó profundamente y terminó sacándolo del aula a empujones, porque eso no podía ser.

Juan dejó escrito que en una ocasión el profesor Arangio se retardó un poco en llegar a clases. En la espera se le acercó un joven que le hizo conversa en italiano. «Al poco, llegó el catedrático, escuchamos su conferencia, y después de la clase seguimos conversando hasta

[7] Antonio Vázquez (2009, pág. 29) menciona que leyó la "Historia de los Romanos" de Víctor Duruy y la traducción francesa de la Historia de la Iglesia de Heinrich Bruck.

[8] Muchas anécdotas, sucesos o pensamientos yo se los he escuchado directamente a Mons. Larrea, como este que comento. Cuando no pongo un testimonio o fuente de referencia, es porque no lo he hallado.

darnos cuenta de que nos costaba entendernos en el incipiente italiano que hablábamos; con lo cual nos identificamos él como español y yo como ecuatoriano; pasamos a la lengua castellana, y ya éramos amigos. Mi nuevo amigo se llamaba Ignacio Sallent[9]. Esto fue al comienzo del curso, en los primeros días de octubre de 1948» (Larrea, 2007, pág. 114). Ignacio había terminado ya la carrera de ingeniería química en España y por entonces cursaba los estudios de teología en el Pontificio Ateneo Lateranense. Había ido a La Sapienza simplemente para conocer a gente.

Ambos hicieron buenas migas. «Con mi amigo —cuanta Juan—, hicimos largas caminatas por Roma, visitando iglesias y monumentos, asistimos a conferencias sobre variados temas en distintos lugares, y nos fuimos conociendo mejor, al discurrir sobre lecturas, temas de actualidad en Italia, en el mundo y en nuestras patrias. Yo invité a Ignacio a casa de mis padres y él me invitó a conocer el "Pensionato universitario", donde él vivía (…)» (Larrea, 2007, pág. 114). Así Juan fue conociendo el Opus Dei. En abril de 1949 Ignacio le explicó detalladamente lo que era la Obra y le propuso plantearse la vocación. Entonces, escribe Larrea, «pedí ayuda al Señor, maduré el examen, y en tres o cuatro días llegué a la conclusión de que ése era el camino por el cual me llamaba Dios. Tuve una conversación con otro sacerdote, don Juan Bautista Torelló, para despejar cualquier incertidumbre, y redacté una carta al Padre —así llamábamos a San Josemaría todos los que frecuentábamos el "Pensionato"—, pidiendo la admisión como numerario. Esto fue el 23 de abril de 1949» (Larrea, 2007, pág. 115).

Sin perder tiempo y sin dejar sus estudios en la Universidad estatal, ese mismo año se incorporó al recién fundado Colegio Romano de la Santa Cruz. San Josemaría lo había fundado el 29 de junio de 1948 para dar una intensa formación a los miembros del Opus Dei provenientes de distintos países, que obtendrían un doctorado eclesiástico, muchos se ordenarían sacerdotes y regresarían a su nación de origen. El Colegio Romano nació sin medios: «se empieza como se puede», decía el Fundador (Vázquez de Prada, A., 2003, pág. 133). Su primera promoción nació con diez estudiantes, que a la hora de la hora terminaron siendo solamente cuatro. Juan Larrea se incorporó a la segunda promoción, dentro del curso 1949-1959, que con él sumaban siete alumnos.

Así las cosas, al año de haber llegado a Roma Juan Larrea estaba matriculado en dos universidades: cursaba derecho civil en La Sapienza y derecho canónico en el Pontificio Ateneo Angelicum, institución dirigida por los padres dominicos. Comentaba de forma graciosa en su

[9] Ignacio Sallent Casas nació en Terrassa (España) el 7 de julio de 1920. Solicitó entrar en el Opus Dei en El Palau, primer Centro de Barcelona, el 4 de febrero de 1944, siendo estudiante de Ingeniería Química. En 1946 se trasladó a Roma: formó parte del pequeño grupo que vivió con San Josemaría en el primer Centro de la Obra en Piazza della Città Leonina. Durante esos años acompañó con frecuencia al Fundador en sus viajes como conductor. En Roma completó su formación con un doctorado en Derecho Canónico, y el 15 de julio de 1951 fue ordenado sacerdote. Permaneció en Italia hasta 1972, cuando regresó a España. Vivió en Valencia y Alicante, y desde 1987 en Girona. Tras una década de párkinson falleció el año 2007.

madurez que todas las clases de esta universidad se daban en un latín que desconocía absolutamente. Con todo, el esfuerzo que ponía era significativo: escribía todo lo que decían los profesores, tal como le sonaban en español. Luego llegaba a la casa de sus padres e intentaba traducirlo. Poco a poco descubría que lo que él había escrito como una palabra, eran dos o incluso tres términos distintos. Tuvo que haber sido muy intenso el estudio de la lengua latina porque muchos años más tarde, en la década de los noventa si no recuerdo mal, mencionó que en una reunión de obispos en Roma se tocó con uno de lengua materna muy rara, que no hablaba ninguna lengua romance; sólo pudieron comunicarse en latín (Riofrío, 2013).

Más tarde Juan Larrea recordaría que en aquella época «el Padre nos estimulaba a realizar muy a conciencia los estudios» (2007, pág. 116). Anotó además que «sobresalía en el género de vida que llevaba el Fundador del Opus Dei, la constante preocupación por formar, con la mayor naturalidad y sencillez, a quienes estábamos cerca de él» (pág. 117). En un primer momento, estos estudios los realizaba mientras vivía en el cálido y cómodo hogar paterno, propio de un Embajador. Pero sucedió que la carrera diplomática de su padre cambió de rumbo y en 1951 fue trasladado a Londres. Por esta razón, el 3 de mayo de 1951 Juan se pasó a vivir al "Pensionato", que quedaba en Bruno Buozzi 73.

El cambio al Pensionato tuvo que resultarle drástico. De las comodidades de la casa del Embajador pasó a hospedarse en la estrecha casa del guardia de la antigua Embajada de Hungría ante la Santa Sede[10], donde desde hace dos años san Josemaría, don Álvaro del Portillo y otros miembros de la Obra vivían con dignidad, pero en una pobreza extrema. Ahí no había camas, por falta de espacio. En 1949 disponía de tres literas, por lo que algunos dormían en el suelo por turno[11]. Sin embargo, el Pensionato poseía varias salas de estudio: una era la mitad de las escaleras para subir a las habitaciones (la otra mitad servía para subir y bajar) y otra era "la cámara chata", un amplio hueco que había bajo la terraza, al cual solo se podía acceder a gatas porque apenas llegaba a un metro con sesenta centímetros de altura. Para estudiar se tenían que poner los libros y la máquina de escribir sobre las rodillas[12], porque no cabían, ni había mesas. A

[10] Pese a que ya se había perfeccionado el contrato de compraventa del inmueble en abril de 1947, los diplomáticos húngaros no desalojaron la casa principal. Como pasaba el tiempo y no daban su brazo a torcer, el 22 de julio 1947 san Josemaría se trasladó con varios miembros de la Obra a la casa que en otrora ocupaba el portero. La mudanza se había hecho por camión en un solo viaje, donde se habían llevado todos los muebles, utensilios y demás enseres de la casa (cfr. Vásquez de Prada, 2003, pág. 105). Los funcionarios húngaros sólo dejaron la *Villa Vecchia* a principios de febrero de 1949. En seguida él se presentó a las autoridades el proyecto de las obras a realizar en ese edificio y el 9 de junio de 1949 comenzaron las obras. Sobre los pormenores del asunto, cfr. Vásquez de Prada, 2003, págs. 102-118.

[11] Testimonio de Juan Larrea Holguín, *Sum.* 6025, recogido en Vázquez de Prada, 2003, pág. 233, nota 102.

[12] Testimonio *de audito* de don José Marroquín Yerovi (en entrevista en Ilaloma de 5 de noviembre de 2013), donde cuenta lo que oyó a Juan Larrea de las dos salas de estudio. Lo del habitáculo debajo de la terraza también aparece en Antonio Vásquez, 2009, págs. 74-75.

estas limitaciones se sumaron las impuestas por las obras en la *Villa Vechia* que comenzaron en junio de 1949: la independencia se acabó, no había espacios libres, ni mucho menos silencio.

Se comprende que pronto se agotara Juan en aquel ambiente. Y aunque lo hubiera disimulado bien, san Josemaría se percató. Un buen día lo llamó aparte y le dio un consejo que no solía dar al resto de la gente. «Me recomendó, en aquella época de mucho esfuerzo en estudios —escribió Larrea—, que tomara un bocadillo a media mañana y que hiciera una breve siesta por la tarde. Yo le dije con toda sencillez que nunca había dormido siesta, y me dijo que podía descansar un poco leyendo algo divertido, por ejemplo, Pinocho en latín "*Pinoculus*", con lo que mejoraría el dominio de la lengua» (Vázquez, 2009, pág. 79). Esa costumbre de no tener siesta la mantendría hasta el final de su vida. Al final de su vida, en una conversación con el actual Cardenal del Ecuador, Mons. Raúl Vela Chiriboga, de quien era muy amigo, éste admirado por la producción literaria de Mons. Larrea le preguntó de dónde sacaba tanto tiempo para escribir tanto. Monseñor le contestó: «será que yo no duermo siesta» (Burguera, 2013).

Pese al cansancio, al escaso tiempo y a la estrechez económica, los estudiantes del Pensionato sacaban sus estudios de manera heroica. Alejandro Llano recuerda un detalle de Juan Larrea que le llamó la atención. «Una tarde le vio cómo abría con un cortaplumas las páginas plegadas de un libro que acababa de comprar. Le extrañó que lo hiciera con cierta parsimonia, pero aún se quedó más sorprendido cuando al final de cortar el doblez del último pliego le comentó, sin darle importancia, que ya se lo había estudiado» (Vázquez, 2009, pág. 62)[13].

San Josemaría se había dado cuenta desde un principio de la calidad intelectual de este hijo suyo, y supo sacar lo mejor de él. Coherente a su lema, «al que pueda ser sabio no le perdonamos que no lo sea» (Camino 332), a Juan no le perdonó no ser sabio. Entre inicios del año 1951 y mediados del año 1952 preparó dos tesis doctorales. La primera, que defendió en La Sapienza, fue sobre el "El matrimonio en los regímenes concordatarios" escrita en italiano, en la que obtuvo la máxima calificación. La segunda tesis de derecho canónico, dirigida por el padre dominico Severino Álvarez de la Universidad Pontificia, trató sobre "La personalidad de la Iglesia en el *modus vivendi* celebrado entre la Santa Sede y el Ecuador" y también obtuvo la máxima calificación; estaba escrita en castellano, pero adjuntaba un resumen de doce páginas escrito en latín (Vázquez, 2009). Había escogido ese tema no sólo porque contaba con muchos datos de primera mano, pues Carlos Manuel Larrea había promovido en 1937 la celebración de este tratado, sino sobre todo para sacar brillo a aquello que su padre consideraba ser el mayor logro de su carrera diplomática[14].

[13] Según el P. Monaj (2013, 6 de noviembre), el personaje de la anécdota era Alejandro Llano.

[14] En los años cincuenta se publicaría en España su libro "La Iglesia y el Estado en el Ecuador". En una entrevista dada en 1995 Juan Larrea declaró lo siguiente: «escribí este libro (…) a pedido de un amigo, cuando

Los estudios que había comenzado en octubre de 1948 en la Universidad italiana y en octubre de 1949 en el Angelicum, los acabó conjuntamente en junio del año 1952: cuatro años para el doctorado civil, tres años para el eclesiástico. «Con diferencia de pocos días —escribió Juan— me presenté a los respectivos exámenes de grado y obtuve esos dos diplomas» (Larrea, 2007, pág. 116).

Juan Larrea recuerda que san Josemaría les hizo rezar mucho por los primeros pasos del colegio Gaztelueta, por el Estudio General de Navarra[15] y por las instituciones educativas que vendrían después (Vázquez, 2009). Ello cuadra con lo que Leonardo Polo Barrena describía en 1994 acerca de la amplísima visión de futuro que tenía el Padre en aquellos años, como refrendando el hecho de que después habrían de venir muchas otras universidades con el mismo espíritu: «el Fundador de éste [centro, la Universidad de Piura] y de tantos otros Centros Universitarios, el Beato Josemaría Escrivá (…) nos decía a los que empezábamos la Universidad de Navarra: "no me hagáis pajaritos fritos; hacedme águilas pequeñas, que ya crecerán"» (Polo, 1994; Aspíllaga, 1999, pág. 43).

En una tertulia de mayo o junio del año 1952 san Josemaría fue proponiendo a los alumnos del Colegio Romano los lugares donde podrían ir a comenzar la labor del Opus Dei. En un momento dado dijo: «y tú, Juan, irás a Ecuador». Las previsiones de Juan Larrea entonces no eran inmediatas. Sin embargo, pocos días después, en otra tertulia, san Josemaría les anunció: «ya sabéis vuestros destinos, de modo que, al día siguiente de graduaros, cada mochuelo a su hoyuelo»[16]. En total, Juan pudo vivir junto al Padre durante algo más de tres años, hasta julio de 1952 (Riofrío, 2013; Larrea, 2007, pág. 117; Vázquez, 2009, págs. 85-91).

Juan cuenta que, antes de que partiera solo al Ecuador, el fundador quiso que adelantase algo más en su formación teológica y apostólica. Él ya había terminado la Filosofía. Por aquella época, el Padre le pidió que estudiara el Denzinger[17] y añadió que él mismo se encargaría de examinarlo. A su regreso, Juan anotó que «el mismo Padre presenció un examen general que

me encontraba en Roma. Él no sabía que mi padre había sido el firmante de este tratado. Creo que me gustó la idea y me puse a trabajar. Tuve una excelente documentación, la procesé y el libro estuvo listo. Creo que el tratado suscrito fue un modelo de tratado internacional. Lo contempla todo. Creo que su aporte histórico y jurídico le dieron validez al libro, puesto que se trataba básicamente de revisar las complejas relaciones del Vaticano con el Estado ecuatoriano, y sugerir, que es lo que trato de hacer, nuevos correctivos para evitar fricciones hacia el futuro» (Diario Hoy, 15-I-1995).

[15] El Estudio General de Navarra comenzó el 17-X-1952 con la inauguración de la Escuela de Derecho que contaba con 48 alumnos, bajo la dirección del profesor Ismael Sánchez-Bella. El año 1960 la Santa Sede lo establecería como Universidad Católica y se nombraría a Josemaría Escrivá como Gran Canciller.

[16] Una glosa de estas palabras consta en Aranda, 2000.

[17] El libro *Enchiridion Symbolorum et Definitionum*, es un libro que contiene una colección de los principales decretos y definiciones de los concilios, la lista de las proposiciones condenadas, etc., empezando con las más antiguas formas del Símbolo de los Apóstoles. La sexta edición, que fue la última edición preparada por el mismo Enrique Denzinger (+1883) contenía 202 documentos. Varios editores posteriores fueron incluyendo documentos nuevos. Juan Larrea habrá leído una de esas ediciones ampliadas anteriores al Concilio Vaticano II, pero no la célebre edición de Adolf Schönmetzer preparada en 1963.

rendí ante don Álvaro del Portillo» (Larrea, 2007, pág. 117). Al final del examen don Álvaro le preguntó a nuestro Padre si deseaba hacer alguna pregunta, y que él se negó (Riofrío, 2013). Evidentemente estaba satisfecho de la preparación del alumno.

San Josemaría recomendó a Juan que antes de su retorno a Ecuador, fuera a España para conocer las labores que ahí se hacían en las principales ciudades y dispuso que ahí realizara dos cursos anuales seguidos[18] en Molinoviejo (cerca de Segovia), a fin de que terminara los estudios del primer año de Teología (Larrea, 2007, pág. 117). El 17 de julio de 1959 salía para España, donde visitó Madrid, Zaragoza, Barcelona, Sevilla, Granada, Bilbao y Santiago de Compostela. Ahí conoció y sacó experiencias del tan encomendado colegio Gaztelueta y del Estudio General de Navarra, que más tarde se convertiría en Universidad. Terminado ese periplo de ciudades realizó dos cursos de estudios en Molinoviejo, y luego se dirigió a Barcelona para embarcarse con destino a Guayaquil. Luego de dieciséis días, el 4 de octubre de 1952, desembarcó en el puerto. Dos días más tarde ya se encontraba en la capital, en casa de sus padres, que justamente habían retornado al Ecuador un par de semanas antes.

II. Labor docente

Tres días después de su llegada a Quito, el 9 de octubre de 1952, inició sus contactos profesionales visitando a un antiguo profesor suyo, el Dr. Jorge Pérez Serrano, quien tenía el bufete de abogados de mayor prestigio de la ciudad[19]. Al día siguiente comenzó a trabajar en ese Estudio. Luego se presentó al Decano de la Facultad de Derecho de su antigua Universidad Católica, el Dr. Julio Tobar Donoso, que era amigo de su padre; por feliz coincidencia había una vacante en una materia y el semestre debía empezar en seguida, por lo que agradeció la visita y Juan Larrea se incorporó como docente ese mismo mes de octubre[20].

Pocos meses después se presentó a un nuevo grado doctoral, para obtener el título de Doctor en Jurisprudencia y Abogado de los Tribunales del Ecuador (Larrea, 2002). Rindió todas las pruebas de manera extraordinaria, aunque tuvo alguna duda ante una pregunta de Derecho penal del penalista Jaime Flor Vásconez. Julio Tobar Donoso, al ver que su apreciado Juan no

[18] Los miembros del Opus Dei suelen hacer un largo curso de formación cada año, donde estudian materias de filosofía, teología y derecho canónico. San Josemaría deseó en aquella ocasión que su hijo hiciera dos cursos seguidos.

[19] El estudio "Pérez E., Pérez Serrano y Ponce, Abogados" (más tarde, "Pérez, Bustamante & Pérez", y luego "Pérez, Bustamante & Ponce"), que entonces estaría conformado por los doctores Jorge Pérez Serrano, Neptalí Ponce Miranda, Manuel de Guzmán Polanco, Rene Bustamante Muñoz y José Ignacio Donoso Velasco, y estaba ubicado en la calle Venezuela frente al hotel Savoy (Pérez Pimentel, 2009). Con todos hizo gran amistad y ganó un gran prestigio. Jorge Pérez llegaría a decir que «la mente de Juan era una mente jurídica de nacimiento: ordenada como había visto en muy pocas personas, que unida a su honestidad resaltaba mucho» (Alesón, 2013, 5 de noviembre).

[20] Esta historia se la oí contar tres o cuatro veces. Si mal no recuerdo, me parece haberle oído que a la semana de haber llegado a Quito ya estaba dando clases en la Universidad Católica.

contestaba de forma completa, «estaba en ascuas, no sabía qué hacer»[21]. Con todo, al final le dieron la máxima calificación: 10/10. Este fue el primer grado doctoral rendido en la Universidad Católica[22].

Juan Larrea fue además el primer exalumno de la Universidad Católica que desempeñó una cátedra. De forma graciosa, le correspondió integrar los tribunales de recepción de grados universitarios de varios de los compañeros con quienes había iniciado clases años atrás, como el de Jorge Salvador Lara, Rafael Borja Peña y otros (Larrea, 2002).

Con el paso de los cursos, fue impartiendo distintas materias. En un momento dado acabó toda la larga rama de derecho civil. Casi siempre daba a la vez derecho internacional privado; además también impartió clases de derecho romano[23] y de religión. Además dio clases de Comercio Internacional en la Facultad de Economía de la misma Universidad. Comenzó como profesor auxiliar de Derecho civil, pero prono pasó a ser el titular de la cátedra (Pérez Pimentel, 2009). El 5 de agosto de 1962 fue ordenado sacerdote, en 1966 fue designado Conciliario del Opus Dei, cargo que dejó en 1969 cuando fue nombrado Obispo Auxiliar de Quito[24], lo cual no fue óbice para que siguiera dictando clases en la misma institución. También dio clases en la Universidad Central por un año[25], en la Academia de Diplomacia por tres o cuatro años, en el Instituto de Altos Estudios Nacionales de derecho territorial e internacional privado por diez años.

Para 1965 Juan Larrea ya tenía una buena trayectoria como escritor de obras de Derecho. Ese año fundó con los doctores René Bustamante Muñoz y Eduardo Burneo, la Corporación de Estudios y Publicaciones, empresa que ha llegado a ser hoy una de las mayores editoriales jurídicas del país. El doctor Alesón, que vivía por esos años junto a Mons. Larrea, recuerda que en sus comienzos todos en la casa —incluido el Conciliario— le ayudaban en su trabajo: Juan Larrea traía las leyes y las resoluciones de la Corte Suprema de Justicia, y ahí le sacaban copias en ciclostil, las ponían en cajas y colaboraban en la distribución (Alesón, 2013).

[21] Jaime Flor Rubianes (entrevista de 21 de noviembre de 2013) escuchó repetidas veces esta anécdota de labios de su padre, Jaime Flor Vásconez.

[22] Antes sólo se había conferido el grado de Doctor en Derecho a Agustín Arroyo Yerovi, quien había hecho sus estudios en Colombia y los convalidó en la Universidad Católica del Ecuador.

[23] Una vez le tocó sustituir al Catedrático Manuel Elicio Flor, como consta en su carta de 31 de mayo de 1955.

[24] Mons. Juan Larrea Holguín fue Obispo Auxiliar de Quito de 1969 a 1975, Obispo coadjutor de Ibarra de 1975 a 1978, Obispo de Ibarra de 1978 a 1982, Obispo Castrense de 1983 a 1988, Obispo coadjutor de Guayaquil de 1988 a 1989 y Arzobispo de Guayaquil hasta mayo de 2003. A partir de ahí quedó como Arzobispo emérito de esta última jurisdicción.

[25] Por ejemplo, en el año 1975 a petición del Decano Mario Gómez de la Torre dictó el curso de Derecho Internacional Privado en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central. En su hoja autobiográfica anota que dio clases entre 1975 y 1976.

Uno de los alumnos de Mons. Larrea nos ha confiado cómo eran sus clases para finales de los sesenta, época en la que Monseñor ya albergaba una vasta experiencia en la docencia. En 1968 Jaime Flor Rubianes acababa de ingresar a la Universidad Católica y tuvo la fortuna de tenerlo como profesor de Derecho civil en el primer curso (Flor, 2013). Lo veía como un profesor extraordinario de Derecho civil, aunque muy exigente: de hecho, fue el profesor más exigente que tuvo en la carrera. Era puntualísimo en las clases. Jamás se atrasó un minuto. Empezaba sus clases con la señal de la Cruz, un Padrenuestro o una Avemaría y el rezo de la jaculatoria mariana *Sedes Sapientiae* (sólo esas dos palabras y nada más), a lo que animaba a los alumnos a contestar en latín: *ora pro nobis*. Al final de la clase no rezaba. Vale reseñar que en aquella época algunos otros profesores también comenzaban sus lecciones con alguna oración.

Sus clases las impartía al más puro estilo de los grandes juristas de la vieja cátedra: daba una lección magistral y al final abría un espacio para las preguntas. No le gustaba que se hicieran preguntas durante la primera parte de la clase. Según Jaime Flor, sus mejores clases eran de Derecho civil (según comentaban algunos alumnos, un poco menos espectaculares eran las de Derecho internacional privado). En Derecho civil, parte general y familia —que fueron la clases que recibió Jaime Flor de Mons. Larrea— él seguía su comentario al Código Civil. Sus explicaciones eran muy claras y buenas, pero no se entretenía con pausas: iban con mucho ritmo. En el primer año se veían los cuatro primeros tomos, avanzando treinta o cuarenta páginas por día. Sus clases estaban muy imbuidas de la Doctrina de la Iglesia.

Comenta Jaime que en el aula no se reía mucho, aunque de vez en cuando dejaba caer algún comentario jocoso y se reía de él mismo. Una vez hablaba de algún autor y decía, medio en broma y riéndose de sí, que «era un don Juan». Era serio, pero no se enfadaba, ni alzaba la voz a los alumnos. Lo más fuerte que Jaime recuerda haber escuchado es que un día llamó «cotorra» a su compañera María de Lourdes Rodríguez, porque estaba hablando en clase. Sólo con una palabra ella en seguida se dio por aludida y guardó absoluto silencio el resto de la clase. Esto no quiere decir que fuera distante con los alumnos. Por el contrario, trabó gran amistad con muchos y fue de todos muy admirado. Se recuerda de uno que comenzó a imitar cómo vestía Mons. Larrea, el tipo de corbatas y hasta la forma de moverse y de caminar (Marroquín Yerovi, 2013).

Al igual que la mayoría de profesores de su tiempo, Mons. Larrea tomaba una sola lección en cada trimestre y al final del curso. En los exámenes abría su libro al azar y preguntaba sobre el título que aparecía en la página que quedaba abierta. Tomaba siempre tres o cuatro títulos de su libro.

Las clases en la Universidad Católica se prolongaron durante 22 años, hasta 1976. Ya había ejercido 14 años en el Subdecanato de la Facultad de Derecho. En ese año se suscitaron

profundos cambios en la Universidad Católica, pues comenzaron a meterse en las filas docentes ideólogos de la teología de la liberación[26] y se multiplicaron las pugnas internas. Recuerda el P. José Marroquín que una buena mañana, a la hora del desayuno, llegó alguien a la casa que lo hizo fastidiarse mucho. «Fue la única vez que lo oí gritar y dar grandes voces a Mons. Larrea», comentó el P. Marroquín (2013). Al parecer un sacerdote se había enfrentado de mala manera con su apreciado amigo Julio Tobar Donoso, y le había faltado gravemente al respeto. Por ese atentado contra la autoridad Monseñor decidió dejar la Universidad Católica, luego de tantos años de cátedra en esa institución[27].

Monseñor fue nombrado Obispo Coadjutor de Ibarra y luego titular de esa misma jurisdicción, hasta 1984. Por esta razón no pudo seguir dando clases en Quito. Amante de la cátedra, le quedaba dar clases en el Seminario que fundó en Imbabura para dar buena doctrina a los seminaristas. Como anécdota se recoge que en los nueve años que vivió en Ibarra no quiso tener nunca televisión; prefería la lectura, escribir libros o pintar cuadros (Vázquez, 2009).

En 1982 había sido nombrado Primer Obispo Castrense del Ecuador, pero ese cargo no lo ejerció sino hasta 1984. Por este motivo regresó a vivir a la ciudad de Quito, hospedándose en la Residencia Ilinizas, y pudo retomar la cátedra, esta vez en la Universidad Central del Ecuador (Flor, 2013). Además dio otras clases, seminarios, cursos, etc. Cuando en 1988 fue nombrado Obispo Coadjutor de Guayaquil, se trasladó a esa ciudad. Un año más tarde, el 8 de diciembre de 1989, tomó posesión del Arzobispado. Inmediatamente comenzó a dar clases en la Universidad Católica Santiago de Guayaquil, donde permaneció como profesor hasta 1994[28]. Además dio muchas clases en el Seminario de la Arquidiócesis.

Una persona que vivía cerca de él en esta época comenta que le llamó la atención encontrarlo varias veces preparando a conciencia las clases: sabía Derecho más que ninguno en el Ecuador, pero no se perdonaba el tiempo de preparación de las lecciones que iba a dar (Mönckeberg, 2013). Cualquier profesor con su excepcional inteligencia y memoria fácilmente se

[26] Recordamos que en 1962 la administración y gobierno de la Universidad Católica habían sido confiados a la Compañía de Jesús.

[27] Rodolfo Pérez Pimentel piensa que «a raíz de que se suscitaron cambios en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Católica con los cuales no estuvo de acuerdo, se candidatizó para rector auspiciado por la ultra derecha y como no pudo lograr una mayoría renunció al Subdecanato y a su cátedra tras 22 años de profesorado» (2009). En realidad no consta que Mons. Larrea se haya candidatizado para un cargo que hasta el día de hoy sólo han ejercido sacerdotes jesuitas. De hecho, la terna presentada para aquellas elecciones estaba conformada por tres jesuitas: Hernán Malo, Jaime Malo y José Rivera. Tampoco parece aceptable imputar esa causa de renuncia a una persona que en múltiples ocasiones renunció a cosas mayores por el servicio a Dios.

[28] En su hoja autobiográfica apunta que dio clases en la Universidad Católica Santiago de Guayaquil desde 1989 a 1994 (Larrea, 2002). Consta que en 1991 fue profesor de Derecho civil en esta institución.

hubiera dispensado este tiempo de preparación[29]; Mons. Larrea incluso preparaba las clases de Derecho civil, que era la materia que más dominaba, para ofrecer a sus alumnos una buena lección.

En 1992 inauguró el Instituto Pedagógico Católico para la formación de maestros, construido con donaciones. Dictó clases de teología a seglares y en el Seminario; tenía un breve programa diario en la televisión y escribía dos veces a la semana para "El Telégrafo".

Para el 2000 Juan Larrea ya era un profesor consagrado. Por esta razón, siguiendo la tradición europea de escribir un libro de homenaje a los grandes juristas, los doctores Nicolás Parducci Sciacaluga y Ramiro Cepeda Alvarado, decidieron hacer lo propio con Monseñor. Ambos le preguntaron por la temática central de este libro de artículos, a lo que Mons. Larrea respondió que convendría tratar sobre la historia de la evolución y desarrollo de varias ramas del Derecho en el siglo XX, particularmente en Ecuador. En esta obra[30] colaboraron diez de los más afamados jurisconsultos del país. La ceremonia de homenaje y lanzamiento se hizo por todo lo alto en el Bankers Club (ubicado en el penthouse del Edificio más alto de Guayaquil, La Previsora). Ese mismo año también fue condecorado por el Presidente del Ecuador, Gustavo Noboa Bejarano, y recibió la Orden de San Lorenzo en el grado de Gran Oficial por cumplir 50 años como abogado.

Al final de su vida había acumulado muchas cátedras, títulos y membrecías. Fue miembro del Instituto Hispano-Luso-Americano de Derecho Internacional, de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, y también de la Real Academia Española; de la Academia Nacional de la Historia Ecuatoriana —fundada por su padre con otros historiadores—, de la Academia de Abogados de Quito, de la Academia Mariana del Ecuador. Perteneció a la Casa de la Cultura Ecuatoriana, y fue miembro de su Directorio (1974-1976). Además había participado en un sinnúmero de eventos diplomáticos e internacionales. Y pese a todo este currículo que podría hundir a cualquiera en la más detestable vanidad y orgullo, la virtud que más resaltaba en Mons. Larrea era su extremada delicadeza y humildad.

A mediados de la década de los noventa se le descubrió un cáncer, que diez años más tarde le daría la muerte. Aun así, tuvo arrestos para cumplir con sus deberes pastorales y para escribir decenas de libros. Al cumplir los 75 años presentó su renuncia al Arzobispado, que el

[29] Por citar alguna anécdota que demuestre su facilidad de memoria y exposición, recuerdo que dos o tres veces me sucedió que coincidimos en un paseo; mientras él iba conduciendo el auto nos preguntaba si deseábamos hacer la oración y si queríamos que él predicase. Aceptada la propuesta, se lanzaba una meditación de media hora, sin ningún apunte, de muy elevado contenido doctrinal. Todavía recuerdo una de esas meditaciones —habrá sido entre 1993 y 1994— en donde explicó el dogma de la Asunción de María, las doctrinas que había a favor y en contra de su muerte, lo que decían los teólogos.

[30] Se trata del libro de *Homenaje a Monseñor Juan Larrea Holguín*, editado en Guayaquil por Edino el año 2000.

Sumo Pontífice no aceptó sino hasta mayo de 2003. Desde ese momento se trasladó a vivir a la Capital, donde realizó una intensa labor pastoral y escribió decenas de libros jurídicos y religiosos. Murió el 27 de agosto de 2006 en olor de santidad.

III. Producción científica y literaria

Aunque debería hacerse un estudio más acabado sobre la producción científica y literaria de Mons. Larrea, no quiero dejar pasar esta oportunidad para explicar brevemente algo de su manera de investigar y escribir. Él es un eximio ejemplo de investigador nato. Buesmeyer y Shannon afirman que los profesores suelen justificar su escasa producción de artículos y libros echándole la culpa al tiempo: «ay si sólo tuviera menos estudiantes, más tiempo, menos ruido de los niños, más asistencia de secretarias… ¡Si sólo tuviera esto!» (1979, págs. 122-128)[31]. Todas estas excusas las pudo poner en vida Juan Larrea, pero no lo hizo. Por ejemplo, quedan narradas las condiciones extremas de pobreza y de escasez de tiempo que tuvo que afrontar en su juventud para, en el lapso de cuatro años defender tres tesis doctorales, escribiéndolas en tres idiomas distintos y sacando las máximas notas posibles. Pronto esas tesis se convertirían en libros que publicaría.

No haré aquí la relación de libros publicados por él, que son más de sesenta jurídicos y otros tantos que tratan de temas morales y religiosos. Más me interesa recoger algo sobre su manera de trabajar.

¿De dónde sacaba tiempo? Medio en broma, medio en serio contestaba que él no dormía siesta[32]. Y la verdad es que trabajaba sin prisa, pero sin pausa. Hay muchos testimonios sobre esta actitud: tipeaba seguido a máquina de escribir, casi sin errores en el andar, y cuando alguien llamaba a la puerta, frenaba en seco su redacción, atendía la visita con la mayor paz —aunque sin perder tiempo— y en el instante en que de nuevo quedaba solo se sentaba y continuaba escribiendo la palabra siguiente de la inconclusa frase. Pasaba de una cosa a la otra, respetando además los horarios que se imponía. «Tenía horarios muy rígidos y no se salía de ellos», recuerda uno de los que vivió cerca de él durante su estancia en Guayaquil (Mönckeberg, 2013).

Trabajaba sin solución de continuidad, pero con una altísima presencia de Dios. Como se lo había enseñado san Josemaría en sus años romanos, al finalizar cada línea, cada que pasaba el carro de su antigua máquina de escribir recitaba mentalmente una jaculatoria. Le gustaba recordar: «yo aprendí esto de nuestro Padre»[33]. Mons. Larrea escribía mucho con un motivo muy

[31] La traducción al español es mía.
[32] Cfr. la anécdota recogida *ut supra* acontecida con Mons. Vela.
[33] Testimonio *de auditu* de don José Marroquín Yerovi (2013, 5 de noviembre).

definido: dar doctrina, recristianizar la sociedad. «Hemos de empapelar el mundo», decía en una tertulia a los presentes, aludiendo a esta tarea de dar buena doctrina (Riofrío, 2013).

Su máquina de escribir le sirvió por muchos años y la utilizó incluso cuando la tecnología informática comenzó a popularizarse. Santos Alesón recuerda que al final ya estaba un poco estropeada y le faltaba una tecla, por lo que debía empujar el metal directamente con el dedo. Aun así, escribía rápido y no corregía nada, ni las comas[34]. A finales de los noventa lo convencieron de que intentara usar una computadora personal. Como a toda persona mayor, le costó. Pero al poco se adaptó a la nueva técnica y quedó agradecidísimo por el pequeño empujón. Desde entonces usó siempre esta computadora, que no renovó sino hasta que llenó el disco duro con todos sus libros y escritos.

Existen muchos más detalles de la tenacidad y pobreza en el estudio que supo vivir durante toda su vida. Por ejemplo, escribía muchísimas, miles de fichas, todas a reglón seguido. Las octavillas solía hacerlas en hojas usadas, con una carilla ya llena. Ninguna ficha tenía márgenes libres: ni arriba, ni abajo, ni a la derecha, ni a la izquierda. Una vez más repetía: «yo aprendí esto de nuestro Padre» (Alesón, 2013; Marroquín, 2013). Todas estas fichas las guardaba en cajas de zapatos atadas con una piola.

Ahora bien, no regateaba en lo que a la adquisición de libros se refería. Un buen día llegó a acumular tantos en la residencia de Iñaquito, que le llamaron la atención: no había dónde ubicar tantos volúmenes (Marroquín, 2013). Se contaron 1264 libros en su última biblioteca de Quito al momento de su muerte[35]. Los guardaba con exquisito orden, los leía y se sabía de memoria dónde estaba ubicado cada ejemplar. En sus últimos meses de vida el P. Francisco Burguera le prestó varios auxilios, entre los que estaba el de ir a buscar libros a su biblioteca. Siempre acertaba acerca de su ubicación[36]. Ha de resaltarse que no los coleccionaba, sino que los leía. Como vimos, desde joven se metía con gruesos tomos de historia. De mayor también leía a página seguida los tomos de la Gran Enciclopedia Rialp (más conocida como la "GER")[37]. Algo semejante sucedía con las gacetas de jurisprudencia. A principios de los noventa bien pudo

[34] Testimonio *de visu* de Santos Alesón (2013, 5 de noviembre).

[35] Muchos libros suyos habían quedado en la biblioteca de la Residencia Ilinizas, y otra parte ingente en la biblioteca de Guayaquil de Los Esteros. Además, ya antes había donado al Banco Central la biblioteca de su padre, que superaba los 20.000 volúmenes. «Al morir don Carlos Manuel en 1983, heredó la Biblioteca y le pareció un cargo de conciencia conservarla como patrimonio personal. Pensando que podía servir a muchos, llegó a un acuerdo con el Banco Central del Ecuador para que la incorporara a sus fondos de lectura, con el compromiso de mantenerla en servicio público. En aquella biblioteca estuvo bastantes horas de su vida» (Vázquez, 2009, pág. 29).

[36] Cfr. Testimonio de don Francisco Burguera Pérez (en entrevista en Ilaloma de 2013, 4 de noviembre).

[37] Esta anécdota la escuché de gente que vivía cerca de él en Guayaquil, pero no recuerdo bien quién me la comentó.

afirmar: «he leído desde 1952 todas las sentencias de las cinco Salas de la Corte Suprema resumiendo sus partes más importantes y seleccionando las mejores» (Pérez Pimentel, 2009).

Cuando en la Universidad de Los Hemisferios se recibió la biblioteca de Juan Larrea Holguín, aparecieron algunas sorpresas. La primera fue que un gran porcentaje de libros —al menos la quinta parte[38]— tenían firmas y dedicatorias de los autores dirigidas a Juan Larrea[39]. Además en varios de ellos encontramos 40 documentos anexos[40]: fichas de su puño y letra, cartas, tarjetas de agradecimiento que le habían mandado amigos, apuntes breves, apuntes largos relacionados con el libro donde estaban insertos, resoluciones de la Corte Suprema y de otros organismos, y siete recortes de prensa, con el nombre del diario y la fecha precisados a mano, que contenían reseñas sobre los libros que había publicado (probablemente estaban insertados justamente en el libro comentado). No se sabe cuáles eran sus intenciones. Quizá pensaba recoger alguna idea para una futura edición del libro, quizá los archivaba para agradecer la reseña a los autores, o simplemente quería llevar el registro de lo que habían dicho acerca de sus escritos.

Pese a su enorme interés por los libros, no los trataba como si fueran suyos: por ejemplo, no los subrayaba, cuidaba su estado, etc. A mucha gente del extranjero y del Ecuador —entre los que me cuento— regaló obras suyas y de otros autores. Concluyo que aunque estaba absolutamente desprendido de los libros, aunque los consideraba muy necesarios para poder profundizar con la debida competencia en las materias que estudiaba.

Ha de añadirse que también estaba desprendido de la autoría de sus libros. No le importaba que le imputen las doctrinas que él había preparado. Sólo le interesaba que la buena doctrina se difundiera. Por eso no dudó en nombrar coautor al doctor Julio Tobar Donoso en las primeras ediciones de su libro de *Derecho constitucional ecuatoriano*[41], aunque la aportación del Dr. Tobar era mínima. Más elocuente es la anécdota que oí a Rodrigo Merino Barros cuando vivía en

[38] De la primera entrega de 1181 libros, se sacó una muestra de 20 libros de los cuales 4 tenían dedicatoria (es decir, el 20%). Respecto de la segunda entrega de 298 libros, se sacó otra muestra de 20 libros, de los cuales 8 tenían dedicatoria (es decir, el 40%).

[39] Una dedicatoria muy singular aparece en el libro *De re militari et bello tractatus*, volumen I, de Pierino Belli, editado por *The Clarendon Press* en Oxford en 1936 (no es la edición de 1563). En la contracarátula aparece pegado el escudo de armas de "Caroli Em. Larrea" y en la página siguiente la siguiente leyenda: «Para mi hijo idolatrado Juan Ignacio Larrea Holguín, el gran Jurista, orgullo de mi cuna y de mi nombre, con todo el amor de su padre. (firma) Quito, 24-VI-1970».

[40] 28 anexos estaban en los 1181 libros entregados por la Corporación de Estudios y Publicaciones (CEP) y 12 anexos estaban en los 298 libros que llegaron directamente de Iñaquito.

[41] El doctor Julio Tobar Donoso escribió únicamente el primer capítulo de la primera edición de *Derecho constitucional ecuatoriano*, que data de 1978. En las posteriores ediciones, incluso después de fallecido este autor, Juan Larrea lo seguirá mencionando como coautor en varias ediciones, hasta que decidió reescribir todo el capítulo. No quería poner en su boca cosas que no dijo. Sin embargo, un año antes de fallecer, en agosto de 2005, tuvimos una conversación en su casa de Iñaquito donde le pregunté quién podría actualizar ese libro en el futuro. Ya se veía que la Constitución podía cambiar. Indicó que si cambiaba mientras viviera, él la actualizaría; si el cambio ocurría cuando ya no estuviera, me encargaría yo.

la Residencia Ilinizas el año 2006: contó con gracia que un buen día Mons. Larrea le había preguntado si quería que lo pusiera como coautor del Tratado de las obligaciones que estaba terminando de escribir, a lo que respondió «encantado». Y así fue. No le costó mucho a Rodrigo codearse con el mejor jurista del Ecuador. Fue un simple favor[42].

De su epistolario aparece que se escribía con muchos autores, profesores, autoridades y editorialistas. Consideraba importante felicitar a todos los que escribían un texto bueno o hacían una obra honrosa: decía que «casi siempre, cuando las personas hacen el mal todos le caen, pero cuando hacen el bien nadie les dice nada» (Riofrío, 2013).

A comienzos de los años noventa la producción científica que había logrado era muy consistente. Fue entonces invitado por la Embajada de los Estados Unidos a visitar Washington, donde dio clases de derecho en varias universidades. Grande fue su alegría cuando, con esa ocasión, visitó la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos y encontró todas sus obras completas. Quien le atendió hizo el comentario de rigor: «usted debió tener un gran equipo de colaboradores». Él contestó para sus adentros: «¡si supieran que mi archivo es una caja de zapatos, que no tengo secretaria y yo trabajaba sólo!» (Marroquín, 2013).

Con semejante producción asombra mucho la respuesta que tuvo en una entrevista de 1995. Un periodista del diario Hoy le preguntó: «Monseñor Larrea, al cabo de 66 años de fructífera vida intelectual, de grandes realizaciones humanas... ¿qué balance haría de su vida?». A lo que contestó: «que pude haber dado más. Una multiplicidad de ocupaciones me han impedido terminar algunos libros. Por ejemplo: los comentarios al Código Civil, me he quedado en el volumen séptimo, tengo avanzados los estudios pero desgraciadamente las ocupaciones, como le repito, me impiden avanzar. Con el Repertorio de Jurisprudencia, del que hemos pasado los 30 volúmenes, es algo en lo que también hemos empeñado nuestro esfuerzo intelectual. Estoy trabajando en una Historia del Derecho ecuatoriano, para estudiantes, que me está demandando un enorme trabajo, pero la hemos asumido con gusto. Y espero que Dios nos ayude para concluirla» (Hoy, 1995, 15 de enero).

Y Dios le dio vida para concluir esos trabajos que tenía en mente. Fue el primer jurista ecuatoriano, y hasta ahora el único, que terminó el comentario al Código Civil del país. Como pensaba que no tendría fuerzas suficientes, al principio le encargó el tomo de las obligaciones a

[42] El libro que figura bajo la autoría de Juan Larrea Holguín y Rodrigo Merino Barros es el *Derecho Civil del Ecuador. Las Obligaciones*, volumen XI, Corporación de Estudios y Publicaciones (CEP), Quito: 2004. Considero que tuvo este detalle de cariño con Rodrigo Merino (+2010) al ver que era una persona de gran talento humano que voluntariamente no había hecho carrera en el derecho por dedicar todo su tiempo a sacar la labor apostólica. Como contrapunto, el doctor Efraín Pérez Camacho, que está actualizando ese tomo, opina que la redacción del volumen XI difiere mucho de la clásica de Mons. Larrea; según él, es tan esquemática que parece de otro autor. En entrevista a Efraín Pérez en la Universidad Andina Simón Bolívar, de 13 de noviembre de 2013.

René Bustamante, quien avanzaba a ritmo un poco cansino[43]. Juan Larrea le supervivió a René Bustamante, y en medio de grandes dolores pudo terminar este y los restantes tomos por su cuenta.

Muchos académicos esperan que su salud mejore un poco para retomar la pluma y aventurarse en nuevas investigaciones. No eran estos los ánimos del Dr. Larrea. Los dolores del cáncer fueron siempre en aumento, a tal punto que en los últimos años le ponían calmantes que eran muchas veces más fuertes que la morfina. Algún día le retrasaron la dosis y tuvo que soportar el dolor a secas por más de una hora en la que no gritó, sino que sólo ponía caras templadas, como si de repente tuviera uno que otro tirón (Larrea Falconi, 2013). En ese estado se decidió a embarcarse en una nueva empresa: la de escribir con un grupo de especialistas la Enciclopedia Jurídica del Ecuador, que tendría unos 24, 25 o 26 volúmenes. Sacó 3500 palabras de la jurisprudencia y del libro de la Bibliografía del Ecuador que había publicado. De ahí escribió a unas doscientas personas animándolas a escribir, de las que sólo contestaron treinta. Como no pagaba, pocos se animaron. La idea revivió cuando Jorge Rodríguez encontró la manera de tener un sustento económico y entonces llegaron a publicarse ocho volúmenes (de los cuales cuatro de Derecho civil correspondían a Mons. Larrea). Ofreció pago, decía el año 2006, «pero aquí hay un autor que no ha sido pagado» (Larrea, 2006). Según pensaba entonces, el proyecto debería de estar terminado para el año 2006. Monseñor murió sin verlo realizado.

IV. La posibilidad de hacerse cargo de una Universidad ecuatoriana

Como queda escrito, Juan Larrea dejó un aporte docente y literario de primera magnitud a la universidad ecuatoriana: enseñó en varias instituciones educativas de las más diversas corrientes, escribió decenas de libros, participó en innumerables encuentros académicos, fundó varias entidades docentes, fue miembro e incluso director de diversas asociaciones académicas… Pero estaba convencido de que lo más importante de su vida no era esto, sino hacer lo que Dios le pedía en cada momento, vivir con la máxima fidelidad su vocación dentro del Opus Dei. En una ocasión comentó que descubrió su vocación en 1948, cuando tuvo «la suerte de extraordinaria de conocer a quien es ahora un Beato de la Iglesia Católica [Josemaría Escrivá de Balaguer]. Esto es indudablemente el hecho más importante de mi vida, el más trascendental y por el que más tengo agradecimiento a Dios» (Riofrío, 1998).

Por lo mismo, ya puede uno suponer los grandes deseos que habría tenido de que se fundara en el Ecuador una Universidad con el espíritu de la Obra. Ya hemos visto cómo en su

[43] Efraín Pérez afirma haber encontrado el borrador del comentario a las obligaciones de René Bustamante. Cfr. entrevista a Efraín Pérez en la Universidad Andina Simón Bolívar, de 2013, 13 de noviembre.

estancia en Roma encomendó mucho, junto a san Josemaría, el montaje del colegio Gaztelueta, la fundación de la Universidad de Navarra y de todas las universidades que vendrían después. Sin duda desde entonces ambos, el Padre y Juan, habrán soñado el momento en que se pudiera iniciar una universidad semejante en el Ecuador.

Otro acercamiento importante a la academia ecuatoriana sucedió en 1954. Juan ya gozaba de prestigio como docente y como abogado, y muchos conocían que había regresado al Ecuador para comenzar la labor del Opus Dei en estas tierras. En ese momento el Opus Dei en el Ecuador era única y exclusivamente este joven de 26 años y nadie más. A principios de ese año se dio una coyuntura donde se mostraba factible que esta institución de la Iglesia se hiciera cargo de la Escuela Politécnica Nacional.

La Escuela Politécnica Nacional tenía el prestigio de ser el más antiguo instituto de educación superior técnico del Ecuador. Fue fundada el 27 de agosto de 1869 en Quito por el presidente Gabriel García Moreno, con el fin de contar con un centro de investigación y formación de profesionales en ingeniería y ciencias de alto nivel. Para este propósito, García Moreno trajo un grupo de religiosos jesuitas alemanes, quienes en un inicio estuvieron a cargo de esta Escuela y del Observatorio Astronómico quiteño. Sin embargo, por esos avatares de la vida permaneció cerrada durante algunas décadas, hasta que en 1935 el Presidente de la República, José María Velasco Ibarra, la reabrió en los últimos meses de su primer mandato presidencial (1934-1935).

Velasco Ibarra volvió a preocuparse de esta institución universitaria en su tercer mandato (1952-1956). Para darle vuelos de altura, el Presidente encargó al Rector de la Escuela Superior Politécnica, el Ing. Galo Pazmiño, la traída de catedráticos europeos de renombre. Fue entonces cuando Galo Pazmiño acudió a Juan Larrea para que le auxiliara en este asunto. En sus palabras: «el Ing. Pazmiño con insistencia me pedía que lograra la venida de tres o cuatro catedráticos de Ingeniería y ciencias incluso, me propuso formalmente que el Opus Dei se hiciera cargo íntegramente de ese muy prestigiado centro de enseñanza superior. También esto pareció, San Josemaría que podía ser una manera providencial de comenzar aquí [en Ecuador, la labor del Opus Dei], pero no fue por el momento posible contar con el grupo numeroso de catedráticos que habría sido necesario tener» (Larrea, 2007, pág. 123-124).

Como testimonio el propio Juan Larrea, san Josemaría le insistió en procurar llegar a un acuerdo con los directores del Opus Dei de la Región de España para traer de allá algunos profesores (Larrea, 2007, pág. 124)[44]. Sin tardar Juan se puso en contacto con los españoles y les

[44] Cfr. también Carta de Josemaría Escrivá de Balaguer a Juan Larrea Holguín, 1954, 2 de marzo, AGP, Sec. A, Leg. 265, Carp. 5.

envió varias cartas. Sin embargo, ningún éxito tuvo en sus gestiones. El Estudio General de Navarra demandaba muchos profesores, y había que contar con gente para la expansión de la Obra en todo el mundo.

Ese mismo año 1954 Juan Larrea recibió otra interesante proposición, esta vez de su confesor, el Canónico Ángel Gabriel Pérez, que era Deán de la Catedral y Vicerrector de la Universidad Católica. Como se dijo, esta Universidad había sido fundada en 1946 por el Arzobispo de Quito, Card. Carlos María de la Torre, y por un grupo de sobresalientes juristas, entre los que se contaba el Dr. Julio Tobar Donoso, primer decano de la única Facultad que entonces existía. Como hasta ese momento la Universidad carecía de atención espiritual, el Vicerrector le propuso a Juan Larrea que gestionara la venida de algún sacerdote de la Obra para que asumiera la dirección espiritual de la institución. San Josemaría, que encomendaba y seguía de cerca todos los pasos de su hijo en Ecuador, le escribió interesándose por el asunto: «dime cuál es el régimen de la Univ. Cat. de Quito: si es posible envíame los estatutos»[45]. Nuevamente, como dice Juan, «la petición no pudo ser atendida favorablemente por no contar por entonces con suficientes sacerdotes» (Larrea, 2007, pág. 120). Esta Universidad no resolvió la cuestión de la atención espiritual sino hasta 1962, año en que su administración y gobierno fue confiado a la Compañía de Jesús, con el beneplácito y agradecimiento del padre Juan B. Janssens, S. J., prepósito general de la Orden.

Estos no fueron los únicos ofrecimientos que recibió Juan Larrea de encargarse de una institución educativa. Un año antes, en marzo o abril de 1953 el Rvdo. Miguel Enrique Romero ya había manifestado su deseo de que la Obra gestionara el colegio de segunda enseñanza que él mismo había fundado, y que por aquel tiempo era el de mayor prestigio en Quito (Larrea, 2007, págs. 120-121). Algo similar sucedió varias décadas más tarde con la Universidad Técnica Particular de Loja, que se ofreció al Opus Dei. Sin embargo, estas peticiones no pudieron ser atendidas por falta de gente que viviera el espíritu de la Obra. Gracias a Dios, otras instituciones de la Iglesia pudieron luego hacerse cargo: el colegio fue confiado a los Hermanos Maristas y la Universidad a los Misioneros Identes[46].

[45] Respecto a la Universidad donde daba clases, por ejemplo, le dice: «dime cuál es el régimen de la Univ. Cat. de Quito: si es posible envíame los estatutos» (Carta de San Josemaría a Juan Larrea Holguín, 1 de julio de 1954, AGP. Sec. A, Leg. 266, Carp. 1).

[46] La Universidad Técnica Particular de Loja fue fundada por la Asociación Marista Ecuatoriana (AME) en 1971 por Decreto Ejecutivo 646 (publicado en el Registro Oficial 217 de 5 de mayo), al amparo del convenio de "Modus Vivendi" celebrado entre la Santa Sede y el Ecuador. El 27 de diciembre de 1997, la Diócesis de Loja traspasó la conducción de la Universidad al Instituto Id de Cristo Redentor, Misioneros y Misioneras Identes.

V. La Universidad de Los Hemisferios y Mons. Larrea

Juan Larrea albergó durante toda su vida el sueño de que algún día la Obra se encargaría de la dirección espiritual de una Universidad en Ecuador. Cuenta el P. Marroquín que muchas veces teorizaba sobre la necesidad de contar con una Universidad para dar mucha formación. En una ocasión, cuando iban en carro y se divisaban cerca las torres de la Basílica del Voto Nacional y el convento anexo, indicó que esos edificios podrían ser un buen lugar para emplazar una Universidad. «Su obsesión era crear una universidad. En su corazón estaba esta idea y seguro rezaba mucho por la universidad que habría en el Ecuador. Luego, en esa conversación teorizó sobre la necesidad de formar la inteligencia y el corazón de las personas»[47]. Yo mismo lo oí varias veces acerca de este proyecto y aún recuerdo algunas de sus expresiones. Por ejemplo, decía que la Universidad sería «un potente faro de luz para la sociedad», «un medio extraordinario para dar doctrina»; «ya llegaría» ese sueño tan encomendado por él y por san Josemaría, «cuando hubiera gente suficiente» para atender una labor de tal magnitud.

Aquí la historia se mezcla con la de María Graciela Crespo Ponce y con la de muchos miembros de la Obra que, como Mons. Larrea, llevaban años soñando con este proyecto universitario. En su época estudiantil María Graciela tuvo una interesante conversación con el Fundador del Opus Dei, durante su paso por la Universidad de Piura en el año 1974. En media tertulia general que tuvo en el campus, ella alzó la mano para hacer una pregunta.

—Padre, yo soy ecuatoriana. Ahora estudio en la Universidad de Piura. En otras universidades no he encontrado la claridad y seguridad en las enseñanzas que allí nos transmiten. ¿Cómo hacer para no acostumbrarme a esto y para valorarlo? —preguntó.

—Veo que tú —como decís, empleando siempre el mismo verbo— valoras mucho las cosas. Yo siento mucho cariño por todas las universidades, sin excepción. Naturalmente, cumplo con mi obligación de querer más a la de Piura y a la de Navarra; pero las otras son también estupendas. Quered a todas, y procurad influir con vuestro talento, con vuestras virtudes, con vuestra simpatía, con vuestra elegancia, y con ese aspecto lleno de belleza que tenéis (*Catequesis en América de Josemaría Escrivá de Balaguer,* nº II, pág. 424).

Las inquietudes académicas de María Graciela la llevaron desde muy temprano a meterse en el claustro de diversas instituciones educativas. Más tarde, a finales de los noventa, animó a un grupo de empresarios y académicos ecuatorianos que también estaban preocupados por la educación superior de nuestro país, a conformar un grupo promotor con vistas a fundar una nueva universidad en Quito. Entre ellos figuraban Claudio Crespo, Álvaro Bayas, Andrés Pérez,

[47] Testimonio del P. José Marroquín Yerovi (entrevista de 5 de noviembre de 2013 en Ilaloma).

Ignacio Pérez, Alfredo Morales, entre otros. De este primer grupo sólo María Graciela pertenecía a la Obra.

Alejandro Ribadeneira recuerda que hubo un punto de quiebre, una voluntad más decidida de emprender este proyecto, en la reunión de agosto de 1998 que tuvo él con María Graciela Crespo, Ana Isabel Moscoso, Enrique Viniegra, Enrique Fuster y Enrique Pérez en la oficina que éste último tenía por entonces en el Municipio de Quito[48]. Ello les llevó a la mayoría de los mencionados, junto a otras ocho personas, a constituir la Corporación Univérsitas que promovería la creación de la Universidad[49]. De los catorce miembros fundadores, sólo cinco pertenecían al Opus Dei; y de estos cinco, todos comparecieron por sus propios derechos, y nunca en representación de esta institución de la Iglesia.

Aunque desde el comienzo el ideal fue el de fundar una Universidad nacida desde la sociedad civil y guiada «por los principios derivados de una concepción cristiana del ser humano, de la sociedad y del mundo» (Estatuto, art. 7)[50], siempre se concibió como una universidad nacida desde la sociedad civil. No nació como una obra corporativa[51] del Opus Dei, aunque María Graciela y otros promotores conocían y procuraban vivir el espíritu universitario de Josemaría Escrivá de Balaguer. Con todo, se albergaba la esperanza de que algún día la Obra diera su apoyo para asegurar que los principios cristianos empaparan la vida de la nueva universidad. Así lo manifestaron repetidas veces y con insistencia, al Vicario Regional y a otras autoridades del Opus Dei (Crespo, 2013).

Los trabajos de elaboración del proyecto educativo se iniciaron en el año 1998, y contaron con el apoyo de muchas personas tanto del país como de varias universidades del mundo. En 1999 se constituyó el ente promotor de la Universidad, la *Corporación Univérsitas*. En ese mismo año la Universidad Técnica Particular de Loja concedió el auspicio y patrocinio al

[48] Testimonio de Alejandro Ribadeneira Espinosa, entrevista de 25 de noviembre 2013 en el despacho del Rector.

[49] Fueron miembros fundadores de la Corporación Univérsitas: María Graciela Crespo Ponce, Ana Isabel Moscoso Freile, Andrés Pérez Espinosa, Álvaro Bayas Cevallos, Robert Moss Ferreira, Ignacio Pérez Arteta, Claudio Crespo Ponce, Enrique Pérez García (que el año 2004 renunció por obligaciones profesionales), Alfredo Morales Pallares, Enrique Fuster Camps, Juan Ribadeneira Espinosa, Patricio Crespo Burgos, Carlos Julián Trueba Chiriboga y Alejandro Ribadeneira Espinosa.

[50] El Estatuto de la Universidad dice: «Art. 7.- La Universidad de Los Hemisferios, en toda su labor, se guía por los principios derivados de una concepción cristiana del ser humano, de la sociedad y del mundo; concepción que puede ser compartida por cuantos, con independencia de su credo religioso, reconocen la dimensión espiritual del ser humano». El art. 7 desarrolla el art. 6 del Estatuto, el mismo que contiene la Visión de la Universidad (de hecho, cuando en la publicidad se habla de la Visión de la Universidad de Los Hemisferios, se copia a párrafo seguido el texto del art. 7). La disposición además concuerda con la regulación interna de la institución. Así, por ejemplo, cuando el Reglamento Académico define los deberes de los estudiantes, se pone en primer lugar el de «acatar las normas del Estado y de la Universidad y respetar los principios de la moral cristiana» (Art. 8, lit. a).

[51] En un inicio no fue ni "obra corporativa", y ni siquiera "labor personal", que es el menor vínculo que una entidad puede tener con el Opus Dei en lo relacionado con el aval de la orientación cristiana. Más adelante se explicarán brevemente estos conceptos.

nuevo proyecto educativo, y la Universidad Católica Santiago de Guayaquil dio el aval académico para la creación de la Universidad. La institución recibió la aprobación del Pleno del Conesup en abril de 2003[52], y el 4 de mayo de 2004 fue aprobada por el Honorable Congreso Nacional, como una persona jurídica de derecho privado, autónoma, sin fines de lucro y de interés social. La Ley nº 2004-36 de creación de la Universidad de Los Hemisferios fue publicada días más tarde en el Registro Oficial nº 345 de 31 de mayo de 2004. El art. 2 de esta ley preveía cinco unidades académicas iniciales: artes y humanidades, ciencia y tecnología, comunicación, ciencias jurídicas y ciencias empresariales.

Conforme lo dispuesto en la misma ley, en seguida el Directorio de la Corporación Univérsitas procedió a nominar provisionalmente los principales cargos de la Universidad. Se eligió como primer Rector al Ing. Alejandro Ribadeneira Espinosa y como Vicerrectora a la doctora María Graciela Crespo Ponce. Mario Yépes, que puso su prestigiosa experiencia financiera al servicio de la universidad, aceptó desempeñar el cargo de Administrador General. Desde mayo hasta octubre de 2004 se terminaron de preparar todos los planes de estudio, sílabos, se definieron profesores y, en fin, se realizaron las demás gestiones administrativas y de promoción necesarias para comenzar clases. Para esta época Mons. Larrea ya vivía en Quito y pudo conocer más de cerca este proyecto académico. El 15 de septiembre del 2004 se bendijo la primera piedra y un mes más tarde, el 18 de octubre, la Universidad abría sus puertas para recibir a cien estudiantes (Crespo, 2013). Era el primer día de clases.

Un año más tarde me incorporé yo a este proyecto como Decano de la Unidad Académica de Ciencias Jurídicas y Políticas. Para entonces ya Monseñor Larrea había enviado a María Graciela, por escrito, un elenco de posibles profesores de Derecho, todos valiosos juristas ecuatorianos y amigos de él. Uno de los primeros encargos que la Vicerrectora me dio fue el de adecuar los planes curriculares a las nuevas exigencias del Conesup. Me contó que tales programas, así como otros documentos constitutivos de la Universidad de Los Hemisferios, habían sido revisados por importantes juristas, entre los que se encontraba Mons. Larrea. Recuerdo haber revisado más de veinte planes de estudio de diferentes universidades, incluida la de Navarra, los Andes y la Austral, y de al final haber puesto en consideración de Mons. Larrea los frutos de mí trabajo. Sus observaciones fueron sobre todo en la línea de algunas nuevas materias de derecho público que se podrían incluir.

No fue muy grande grado de involucramiento directo de Mons. Larrea en la Universidad de Los Hemisferios. Piénsese que en el 2003 había dejado el Arzobispado por su invasiva

[52] Con fecha 30 de abril del 2003, mediante Resolución RCP-S08-No. 270-03, el Consejo Nacional de Educación Superior (CONESUP) resolvió emitir informe favorable para la creación de la Universidad de Los Hemisferios.

enfermedad. Monseñor sólo vio nacer este proyecto: los dos primeros años de vida universitaria coincidieron con sus dos últimos años de vida, aquellos en los que más sufrió. Sin duda habrá ofrecido muchos de sus dolores para empujar este proyecto que, con alguna probabilidad, podría terminar siendo una obra corporativa de la Obra que él había iniciado en Ecuador.

Muchas veces se lo invitó a dar conferencias o a participar en actos académicos, y siempre quiso venir, pero su salud se lo impedía. Durante una temporada se sintió algo mejor y por eso aceptó dar una conferencia. Sin embargo, la noche anterior al evento su salud empeoró y en el último momento tuvo que excusarse (Ribadeneira, 2013). Seguramente habrá ofrecido esos dolores que le impidieron por esta Universidad.

Ante tal problema, al doctor Jaime Baquero de la Calle, que por entonces daba clases de Filosofía del Derecho, se le ocurrieron dos ideas que la Universidad de Los Hemisferios recuerda en su historia. La primera fue la de llevar a algunos alumnos suyos a la casa donde vivía, Iñaquito, para tener una tertulia con Monseñor. En esa conversación habló del hallazgo del cuerpo de Gabriel García Moreno, del proyecto editorial de la Enciclopedia Jurídica del Ecuador y de otros asuntos menores. Aún se conserva el registro en audio de esa tertulia.

Además, por moción de Jaime Baquero y por insistente petición de sus alumnos de la Universidad, se programó que Mons. Larrea diera una clase durante la hora en que el profesor normalmente impartía la materia de Filosofía del Derecho. Así, una mañana del segundo semestre del año 2005 el doctor Baquero fue a recoger a Mons. Larrea a su residencia, Iñaquito, de donde salieron después del desayuno. Ambos se trasladaron a la Universidad en el carro que por entonces usaba Mons. Larrea, un Toyota Corolla blanco. Al llegar dieron una pequeña vuelta por el campus y fueron al aula A2 (hoy P2) para la clase. Ya había corrido la voz y el aula se repletó con los alumnos de filosofía[53] y con otros muchos que se interesaron por la figura que les visitaba. También estaba presente la Vicerrectora. Mons. Larrea comenzó mencionando que sería bueno rezar un Avemaría para empezar la clase; todos los asistentes respondieron la segunda parte de la oración mariana y la lección dio inicio. Comenzó hablando de esperanza. Les hizo ver que estaban metidos en un proyecto de gran trascendencia futura y que era grande la responsabilidad que tenían por ser la primera generación; seguramente recordaría su propia experiencia de pertenecer a la primera promoción de la Universidad Católica. Luego les dio varios consejos para la carrera, destacando la importancia del estudio serio y de la búsqueda de la verdad a través de los propios cauces del Derecho. Habló también de la necesidad de ejercer más adelante la profesión con responsabilidad y sentido de servicio hacia toda la sociedad. Se le

[53] Entre ellos se encontraban María Paz Dávila Andrade, Rafaela Baroja Crespo, Felipe Llorca Vega, Carolina Torres Trueba, Santiago Aguirre Zaldumbide, Andrea Prócel Villalba, Bianca Garzón Arias. Además habían otros como Gonzalo Mitau Caride.

notaba bastante contento (Baquero, 2013). Un alumna de esa época recuerda: «éramos muy pocos, y nos entregó la batuta. Nos hizo cargo de la responsabilidad de ser la primera promoción. Había que plasmar el pensamiento católico no sólo en los papeles, sino en el cotidiano vivir» (Torres, 2013).

Otro gesto de cariño con la Universidad de Los Hemisferios fue el que tuvo en la casa de Miranda, durante el curso anual[54] de septiembre de 2005. Aunque sobre Mons. Larrea pesaba un cáncer de nueve años, no lo mostraba en absoluto: lo llevaba con ejemplar fortaleza. En las mañanas le gustaba pintar cuadros al óleo en el cálido patio de la casa, donde tenía suficiente luz para dar sus trazos maestros. Por eso me animé a buscar ilustraciones de paisajes que pudieran servirle de inspiración para pintar nuevos cuadros. Encontré una revista, Gaia, y el libro "Ecuador del Pacífico" que contenían fotos de nuestro país. Le gustaron mucho. Durante los días siguientes dedicó las mañanas a pintar tres temas de los que le había proporcionado. Unos quedaron mejor que otros, pero todos quedaron bien. El que más me gustó fue el que plasma la foto de Bolo Franco del Estero del Golfo de Guayaquil. Cuando estaba dando las pinceladas finales mencionó que quería añadirle un barco sobre las aguas. Yo recordaba el estilo grueso, fuerte y poco acabado de sus pinturas de barcos y me pareció que desentonaba con el bucólico paisaje de tonos pasteles que tenía enfrente, así que se lo impedí. El no insistió más. Las obras acabadas se exhibían por la tarde en la tertulia, para merecer el comentario generalmente elogioso de los contertulios. Luego pasaban al patio para juntarse con el resto de cuadros de la exposición, que se secaban al abrigo del patio. Pues bien, la última noche del curso comenzamos a hacer las maletas para partir temprano a la mañana siguiente. Los cuadros empacados quizá ya tenían dueño en la cabeza de Monseñor Larrea. Por lo narrado me sentí con algún derecho —aunque no tenía ninguno— de pedirle uno de ellos para la Universidad. Me dio a escoger el que yo quisiera, y por supuesto escogí el que más me gustaba. Al día siguiente nos despedimos y nunca más volví a vivir junto a él. El cuadro lo guardé, lo colgué durante un año en mi despacho de abogados y luego lo entregué a la Universidad para la memoria de este querido maestro[55].

A mediados del año 2006 sugerí a las autoridades de la Universidad la posibilidad de conferir el doctorado *honoris causa* a Mons. Larrea. La idea encantó a todos, y desde ese momento se iniciaron los preparativos para la ceremonia. Sin embargo, las clases terminaron en seguida, los estudiantes salieron a vacaciones y Mons. Larrea ingresó a su último curso anual, en donde falleció el 27 de agosto de 2006. Sólo más tarde la Universidad de Los Hemisferios pudo entregarle el doctorado *honoris causa post mortem*, en la solemne ceremonia de graduación de los

[54] A nota 19 quedó explicado qué es un curso anual.

[55] Estos y otros datos constan en la carta que escribí para entregar el cuadro a la Universidad de Los Hemisferios, que data de 23 de marzo de 2007.

alumnos fundadores que se llevó a cabo en el teatro Bolívar, cuando se cumplían tres años de su fallecimiento. Fue un reconocimiento por su gran trayectoria como jurista, pastor, humanista y ecuatoriano eminente. El doctor Jaime Baquero de la Calle desempeñó la honrosa función de Padrino del doctorando. Su sobrino Fernando Larrea recibió las insignias académicas a nombre de su tío: el libro, el anillo, el diploma y la muceta.

Mons. Larrea no pudo ver realizado en vida el sueño de que existiera una universidad ecuatoriana que sea obra corporativa. Ello sólo se dio un lustro más tarde, cuando sucedió un evento inesperado. El sábado 10 de julio del 2010, al medio día, el Prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría visitó el campus universitario. Inicialmente se preveía una corta visita de un cuarto de hora. Pero luego de la vuelta de reconocimiento y de haber plantado el magnolio que aún sigue creciendo a los pies de la estatua de la Virgen de la Universidad, el Padre se entretuvo con el cuerpo docente y con los alumnos que encontraba al paso. La visita duró 45 minutos, hasta la 1:10 p.m. en que tuvo que salir a toda prisa hacia la sede del Vicario de la Prelatura del Opus Dei en Ecuador. Allá expresó sus deseos de acoger esa petición que repetidas veces habían hecho las autoridades académicas de que la Obra apoyase formalmente esta iniciativa educativa.

Por esta sugerencia del Prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría, el 11 de febrero de 2011 la Universidad de Los Hemisferios se constituyó directamente en obra corporativa del Opus Dei[56]. Conviene entender bien qué significa que una entidad sea obra corporativa. En la Iglesia católica existen dos tipos de labores: unas que dependen directa y oficialmente de la jerarquía eclesiástica, y otras «constituidas por la libre elección de los laicos y se rigen por su juicio y prudencia» (Concilio Vaticano II, Decreto *Apostolicam actuositatem*, n. 24). Entre estas últimas se encuentran las obras corporativas, que son «aquellas labores en las que, a petición de los promotores, la Prelatura presta la atención pastoral y la orientación cristiana de sus actividades» (Prelatura del Opus Dei, 2010, pág. 134). De esta manera, la Prelatura sólo interviene para garantizar la orientación cristiana de la formación mediante el trabajo de los capellanes, de los profesores de fe o moral, asesorando en cuestiones doctrinales y también procurando que haya una estable participación de fieles de la Prelatura en su promoción y dirección. Pero estas iniciativas se promueven por los ciudadanos a título personal, que las dirigen y administran libremente bajo su responsabilidad, de acuerdo con las leyes civiles de cada país, en todo lo relativo a las cuestiones jurídicas, técnicas, económicas, etc.

Si Mons. Larrea hubiera conocido estos hechos pienso que se hubiera volcado más de lo que se volcó con esta Universidad. Ahora ya lo sabe y, como les consta especialmente a los

[56] Algunas instituciones primero adquieren el estatuto de "labor personal", para luego de consolidarse, pasar a ser "obra corporativa". No sucedió así con la Universidad de Los Hemisferios, que de ser nada pasó directamente a ser obra corporativa.

administradores, presta sus buenas ayudas desde el cielo. A su intervención probablemente se debe, por ejemplo, el hecho de que desde el 2012 la Universidad de Los Hemisferios haya adquirido su biblioteca personal[57], que se la ha clasificado, sellado y custodiado como reliquias de un hombre que murió en olor de santidad.

Cabe añadir una última anécdota relacionada con Mons. Larrea y esta Universidad. Desde inicios del presente año 2013 el doctor Jaime Flor Rubianes, el Arq. Arturo Guerrero y otros colaboradores promovieron el diseño y construcción de una estatua para el primer doctor *honoris causa* de la Universidad de Los Hemisferios. Dios mediante posará en los jardines del campus el año 2014. Tuve la oportunidad de participar en una tertulia con Mons. Javier Echeverría en Villa Tévere, el 29 de mayo de 2013. Ahí le conté acerca del proyecto de la estatua, sin saber cómo lo tomaría. El Padre contestó: «está muy bien. Don Juan se merece eso y mucho más, porque fue una persona muy trabajadora, muy profunda y muy fiel».

VI. A manera de conclusión

De este recorrido histórico podemos concluir que Juan Larrea Holguín es un eximio modelo de estudioso, investigador y profesor. Tuvo extraordinarios dotes intelectuales y una memoria fuera de lo normal, además de una formación absolutamente cosmopolita. Supo aprovechar todo esto para formarse acabadamente en el colegio y en la universidad, y luego para transmitir toda su sabiduría desde la cátedra y mediante su prolífica producción bibliográfica.

En el siguiente artículo ofreceremos un estudio sistemático de la visión que tuvo sobre la educación superior y sobre la labor universitaria.

Bibliografía

AA.VV. (s.f.). *Catequesis en América de Josemaría Escrivá de Balaguer*, nº II.

Alesón, S. (2013, 5 de junio). Entrevista. Ilaloma (Cumbayá): (s.e.).

Aranda, A. (2000). *El bullir de la sangre de Cristo*. Madrid: Rialp.

Aspíllaga Pazos, C. (1999). *Libro Conmemorativo de la Universidad de Piura*. Piura: Universidad de Piura.

Baquero de la Calle, J. (2013, 17 de noviembre). Entrevista. Quito (Universidad de Los Hemisferios): (s.e.).

[57] En un principio la biblioteca fue a parar a las bodegas de la Corporación de Estudios y Publicaciones (CEP). Los libros se entregaron en comodato en 32 cajas, donde se adjuntó una lista de 1264 libros. A la hora de verificar caja por caja apareció faltaban 83 libros y que una obra no estaba en el elenco. Un año más tarde, conversando con el doctor Santos Alesón, se descubrió que en Iñaquito había tres cajas adicionales con 298 libros que pertenecieron a la biblioteca de Mons. Larrea; desde el 18 de noviembre de 2013 esos libros se encuentran en la Universidad de Los Hemisferios y están siendo ahora catalogados.

Belli, P. (1936). *De re militari et bello tractatus*, v. I. Oxford: The Clarendon Press.

Buersmeyer, K. & Shannon, A.G. (1979). Means and Ends and Tinplate Morality. *Unicorn: Journal of the Australian College of Education*, *5*, No. 2, págs. 122-128.

Burguera Pérez, F. J. (2013, 4 de noviembre). Entrevista. Ilaloma (Cumbayá): (s.e.).

Consejo Nacional de Educación Superior (CONESUP), (2013, 30 de abril) Resolución RCP-S08-No. 270-03.

Crespo Ponce, M.G. (2013, 27 de noviembre). Testimonio escrito. (s.e.).

Decreto 1228 (publicado en el R.O. 629 de 1946, 8 de julio)

Decreto Ejecutivo 646 (publicado en el Registro Oficial 217 de 5 de mayo).

Diario Hoy (1995, 15 de enero). Monseñor Juan Larrea Holguín: "sigo las huellas de mi padre". Recuperado de http://www.explored.com.ec/noticias-ecuador/monsenor-juan-larrea-holguin-sigo-las-huellas-de-mi-padre-20906.html

Enrique D. & Schönmetzer, A. (1963). *Enchiridion Symbolorum et Definitionum*. Friburgo: Herder.

Escrivá de Balaguer, J. (1954, 2 de marzo). Carta dirigida a Juan Larrea Holguín, 1954, 2 de marzo. Roma: AGP, Sec. A, Leg. 265, Carp. 5; Roma: AGP. Sec. A, Leg. 266, Carp. 1.

Estado del Ecuador (2004). Ley nº 2004-36 de creación de la Universidad de Los Hemisferios, R.O. 345 de 31-V-2004.

Flor Rubianes, J. (2013, 21 de noviembre). Entrevista. Alpayana: (s.e.).

Flor Torres, M.E. (1995, 31 de mayo). Carta a Juan Larrea Holguín. Quito: (s.e.).

Larrea Falconi, F. (2013, 19 de noviembre). Entrevista. Ilinizas (Quito): (s.e.).

Larrea Holguín, J. & Merino Barros, R. (2004). *Derecho Civil del Ecuador. Las Obligaciones*, volumen XI. Quito: Corporación de Estudios y Publicaciones (CEP).

Larrea Holguín, J. & Tobar Donoso, J. (1978). *Derecho constitucional ecuatoriano*. Quito: Corporación de Estudios y Publicaciones.

Larrea Holguín, J. (2007). Dos años en el Ecuador (1952-1954): recuerdos en torno a unas cartas de san Josemaría Escrivá de Balaguer. *Studia et Documenta*, *1*, págs. 113-125.

Larrea Holguín, J. *et al.* (2006). Tertulia grabada en audio con Mons. Larrea de 2006 en Iñaquito, Jaime Baquero de la Calle, Carolina Torres Trueba y otros.

Larrea Holguín, Juan. (2002, 17 de febrero). Hoja autobiográfica. Quito: (s.e.).

Marroquín Yerovi, J. (2013, 5 de junio). Entrevista. Ilaloma (Cumbayá): (s.e.).

Monaj Abadía, F. (2013, 6 de noviembre). Entrevista. Ilinizas (Quito): (s.e.).

Mönckeberg Bruner, J. (2013, 20 de julio). Albarrada (Guayaquil): (s.e.).

Parducci Sciacaluga, N. (2000). *Homenaje a Monseñor Juan Larrea Holguín.* Guayaquil: Edino.

Parducci Sciacaluga, N. (ed.) (2000). *Homenaje a Monseñor Juan Larrea Holguín*. Guayaquil: Edino.

Pérez Camacho, E. (2013, 13 de noviembre). Entrevista. Quito (Universidad Andina Simón Bolívar): (s.e.).

Pérez Pimentel, R. (2009, 30 de septiembre). *Juan Larrea Holguín*. Guayaquil: Eruditos. Recuperado de http://www.eruditos.net/newsite/index.php?option=com_content&view=article&id=842:larrea-holguin-juan&catid=72:biografias&Itemid=100

Polo Barrena, L. (1994, 9 de septiembre). Discurso de la investidura del grado de Doctor *Honoris Causa* en la Universidad de Piura. En AA. VV. (1994). Discursos pronunciados en la investidura del grado de doctor honoris causa. Piura: Universidad de Piura, págs. 39-44.

Prelatura del Opus Dei (2010). *Experiencias locales* (*pro manuscrito*). Roma: Colegio Romano de la Santa Cruz.

Ribadeneira Espinosa, A. (2013, 5 de junio). Entrevista. Quito (Universidad de Los Hemisferios): (s.e.).

Riofrío Martínez-Villalba, J.C. (1998). Entrevista realizada a Mons. Juan Larrea Holguín en su despacho arzobispal, en abril de 1998, para la *revista Más* de mayo de 1998.

Riofrío Martínez-Villalba, J.C. (2007, 23 de marzo). Carta de entregar el cuadro a la Universidad de Los Hemisferios.

Riofrío Martínez-Villalba, J.C. (2013, 2 de noviembre). Testimonio personal. Quito: (s.e.).

Testimonio de Juan Larrea Holguín, *Sum.* 6025, recogido en Vázquez de Prada, 2003, pág. 233, nota 102.

Torres Trueba, C. (2013, 20 de noviembre). Entrevista. Quito: (s.e.).

Universidad de Los Hemisferios (2009, 9 de abril). Estatuto. Quito: Autor.

Vázquez de Prada, A. (2002). *El Fundador del Opus Dei*, t. II. Madrid: Rialp.

Vázquez de Prada, A. (2003). *El Fundador del Opus Dei*, t. III. Madrid: Rialp.

Vázquez Galiano, A. (2009). *Juan Larrea: un rayo de luz sobre fondo gris*. Madrid: Palabra.